



# NUEVO , Y DISCRETO ROMANCE,

EN QUE SE DECLARAN LOS AMORES  
mas firmes, y constantes, valentias, y desgarros de  
Don Carlos de Mendoza, y de Doña Angela de Ait,  
con lo demás que leyera el curioso en esta verda-  
dera historia, sucedida en este presente;

Año de 1746.

**E**scuchadme , Serafines,  
Angeles , estadme atentos,  
Cielos, prestadme atencion,  
que descanso, si me quexo;  
y tu, Cochero dorado,  
derén los Cavallos bellos,  
para la hermosa Carroza  
de cristalinis espejos.  
Y tu, severo Señor,  
Invicto siempre en tu Reyno,  
oye mi confusa historia,  
sábrás de lo que me quexo.  
En la Ciudad de Gandia,  
a quien los hermosos Cielos

✱ le dió cristal á sus plantas,  
y antorcha á sus arroyuelos,  
nació una Dama, que el Sol  
dividió sus rayos bellos,  
y del Firmamento quarto  
para ojos dos luceros,  
con que agravia su hermosura  
un geoglífico bello.  
Quiero dibuxarla en breve,  
para que veays, si tengo  
razon de quexarme tanto,  
dificultando el remedio;  
pues fué causa, que muriessé  
un tramsunto de los Cielos,  
un

un piélago de cristales  
en su hermosísimo pecho:  
assombro, que nos assombra,  
mirandola desde lexos.  
En vano parten dos arcos  
sus ojos, porque lo negro  
entre lo blanco, hermosa.  
Mas aquesto es lo de menos,  
quando formando dos arcos,  
parpaguando con ellos,  
diluvios de flechas tira,  
y hecha bolcanes de fuego,  
fabrica un firme cristal  
entre dos copos de yelo.  
Es de nieve su garganta,  
que sustenta aqueste Cielo.  
Su talle, como una piña,  
que gorgéa de perfecto;  
dadas pide el donayre,  
descuydos pone el aseo.  
Lo minimo de su pie,  
sin vista me quede al verlo;  
en vano me estoy cansando,  
pues certifico, y es cierto,  
que nada de lo que he dicho  
concuerta con lo que creo;  
pues era en extremo hermosa,  
era hermosa sin extremo,  
à quien tiernamente amo,  
y yo, que la amo en extremo,  
desde que el Cielo ha criado,  
desde mis años primeros  
amela yo; y ella à mi  
me dió la llave del pecho.  
Un Domingo por la tarde,  
me salí à tomar el fresco,  
à unas verdes arboledas,  
entre unos Alamos negros,  
andandome paseando,  
vi venir àzia aquel puesto  
esta Venus, abrasada  
en el amor de mi pecho,

à Donna Angela de Ali,  
que es el nombre de mi Dueño,  
nombre, que le estava bien,  
por ser un Angel del Cielo.  
Baxóse de la Carroza,  
mandò al Esclavo Cochero,  
que se apartasse de allí,  
porque en aquel Prado ameno  
se queria deleytar,  
à veras de un arroyuelo;  
el qual và brotando flores,  
y entre sí se và riyendo.  
Se sentò junto à un Rosal,  
todo de Rosas cubierto,  
se meten entre las ramas,  
al són del abrego viento,  
y un carmin de la otra parte,  
que con su color honesto,  
y con encarnados visos,  
se reflexa este arroyuelo.  
Doña Angela enmedio estava,  
cierto me pareció Cielo,  
siendo las Rosas Estrellas,  
y los carmines luzeros.  
Sol tampoco no faltaba;  
porque el rostro de mi Dueño  
era el Sol, tambien la Luna  
entre estas Estrellas puesto.  
Sacò la mano del guante,  
y el cristalino arroyuelo  
espantado se quexaba,  
corrido se fue corriendo,  
al ver el campo de nieve.  
Corrè unas flores, diciendo:  
Recibe, Señora mia,  
flores de un Esclavo vuestro.  
Eso no, me respondió,  
mi Esclavo no, si mi Dueño,  
yo tu Esposa, y tu mi Esposo,  
si no nos lo estorva el Cielo.  
Quando ha de ser, respondi,  
que esse dia celebremos,  
quan-

quando sin cuydado yà  
el lauro de amor cantemos?  
Yo estoy pronta, respondió,  
à tu gusto, mas ay Cielos!  
Que son contrarios mis Padres,  
mis parientes, y mis deudos!  
No te dè cuydado, dixè,  
que aunque pese al Mundo entero,  
yo te sacarè en mis brazos  
à costa de aqueste azero.  
A Dios, lumbre de mis ojos,  
à Dios, que el Sol yà se ha puesto.  
Me fui à mi casa, y cenè,  
aunque con poco sosiego.  
Y despues de aver cenado,  
me encerrè en un aposento,  
me puse cota de malla,  
rodela, y un fino azero.  
Fui à la calle, donde estava  
la causa de mis desvelos;  
estuve hasta las onze  
mirandola muy atento.  
Vi, que se assomò à un balcon  
aquel hermoso luzero;  
arrimème àzia ella,  
estas palabras diciendo:  
Sol resplandeciente hermoso,  
de mi vida claro espejo;  
Luna, que rayos esparce  
mas que la Luna de Enero.  
Aqui està el que mas te ama;  
no temas, que vive el Cielo  
te he de sacar en mis brazos  
à costa de mi pellejo.  
Echò la escala al balcon,  
por ella me fui subiendo,  
y viendo que no alcanzaba,  
facò la mano mi Dueño,  
asìò la mia, y yo entonces,  
con ligereza al momento,  
di un brinco, donde me hallè  
dentro de aquel aposento.

175  
Mas la fortuna cruel,  
que no quiere dár contento  
à los que en aqueste valle  
estàn llorando, y gimiendo.  
El Padre de mi Cordera,  
como andaba con rezelo,  
vino à visitar la quadra,  
à donde tiene su lecho.  
Llegò, y hallando cerrada  
la puerta, llamò, diciendo:  
Abre, Angela, yo soy.  
Turbóse al punto mi Dueño,  
yo le dixè: No te turbes  
de mi vida claro espejo,  
que con mi personá, basta  
para rendir todo un Pueblo.  
Tomè la espada en la mano,  
abrí la puerta ligero,  
diziendo: Yo soy Don Carlos;  
respetadme, Cavallero.  
El Padre, sin atender  
à mi buen razonamiento,  
me tirò un caravinazo,  
entrò el tiro, y diò en un lienzo.  
Yo entonces me arrojà à el,  
le di por mitad del cuerpo  
una mortal estocada,  
que cayò à mis plantas muerto.  
Mas al ruido de las armas  
los dos hijos acudieron,  
y con estos, los Esclavos,  
Pages, Lacayos, y Negros,  
todos fuertamente armados,  
unos à otros diciendo:  
Esta es la causa por quien  
al señor Don Juan han muerto.  
Tomè mi Esposa en los brazos,  
al balcon me fui derecho  
para salirme por el,  
y hallè la escala en el suelo,  
que un Criado de la Casa  
las puertas avia abierto,

y cómo la vido allí  
 logró su intento aquel perro;  
 mas fuè mi fortuna tal,  
 como la voy refiriendo;  
 porque de un caravino,  
 que me dieron en el pecho,  
 me arrojan por el balcon.  
 Mas apenas lleguè al suelo,  
 quando dentro de la Sala  
 la voz, que era de mi Dueño,  
 oí: Don Carlos, que me matan,  
 favorecedme, que muero.  
 Aquí rebiento de rabia,  
 aquí furioso, y sobervio,  
 broto por los ojos llamas,  
 echo por las manos fuego.  
 Soltè en el suelo la capa,  
 por la pared fui subiendo,  
 arrancando con las manos  
 las piedras, y apenas llego  
 al balcon, donde me así,  
 y por él me fui allá dentro;  
 y con la espada en la mano,  
 à unos mato, y à otros hiero,  
 y à otros de rabia los cojo,  
 y por el balcon los echo.  
 Aquí quedè sin sentido,  
 quando vide en aquel suelo  
 embuelta en su propia sangre  
 à la que mora en mi pecho.  
 Aquí fueron los suspiros,  
 allí fueron los lamentos,  
 aquí la desgracia mia,  
 y la dixe: Hermoso Cielo,  
 yà se acabaron mis glorias,  
 mis músicas, y passeos,  
 yà llegó el último vale  
 de mi vida; y así, quiero,

que se convierta en cenizas  
 todo el amor que te tengo.  
 Mas al fin bolviendo en sí,  
 baxè la vista ázia el suelo,  
 y el corazon me dezia:  
 Mira, que se vâ el espejo,  
 donde siempre te mirabas.  
 Lleguè, y con cariño, tierno  
 la cogí una hermosa mano,  
 y vide en su blanco pecho  
 una herida, por la qual  
 se acabava por momentos.  
 La ví como se moría,  
 que no tenia remedio;  
 mas antes que se muriesse,  
 llorò el Sol, temblò el suelo.  
 Diò esta Cordera un suspiro,  
 y el alma se fuè à su centro.  
 Por fin la saqué de allí,  
 y en un dichoso Convento  
 de Franciscas Recoletas,  
 allí se hizo su entierro.  
 Avisaron al Cabildo  
 de la Iglesia, y con buen zelo  
 vino la Universidad  
 para acompañar su cuerpo,  
 y quatro Comunidades,  
 que son las que aquí refiero:  
 Los Padres de San Francisco,  
 Agustinos, y San Diego,  
 y los Padres Carmelitas,  
 que à esta funcion acudieron.  
 Dios le perdone su alma,  
 y le dè su Santo Reyno.  
 Esta, Señor, es mi historia  
 de mi justo sentimiento,  
 mira, si es razon, que sea  
 homicida de mi mismo.

FIN.

Con licencia: En MADRID.